

"El Nudo Ciego".- Puntos de vista de un espectador

Llegado recientemente del extranjero, ha sido éste para mí el primer encuentro con Jorge Díaz, Jaime Celedón y el teatro ICTUS. Y este encuentro ha sido sumamente grato.

No iba a buscar nada sino lo que se me ofreciera en el escenario. Me encontré con un hondo trozo de vida. Evidentemente, no es la vida traducida en ratiocinios rigurosos; ni tampoco el calco de un transcurso temporal corriente: aquél en que el "antes" precede al "después" y el "después" sigue al "ahora".

El primero y el segundo acto se desarrollan - aparentemente - en un tiempo como el corriente. Un minero, apodado "el Sangre", se hace sospechoso del asesinato de Clara. Durante el primer acto, el Juez lo interroga y lo acusa ante el hecho de la muerte. En el segundo acto la narración vuelve atrás, como en un racconto cinematográfico: Clara está frente al Diamante, otro minero. El Diamante y el Sangre no se conocen, pues trabajan el uno en el tramo del día y el otro en el de la noche. Pero ambos viven en el mismo cuartucho cuya "cama caliente" alquilan, y duermen ambos con Clara. Ese día Diamante muere en el pique, quedándose privado el Juez, por esta muerte, del único posible testigo contra el Sangre. El tercer acto desconcierta totalmente este argumento. Una mujer - que es Clara - y un hombre - que es el Diamante - llegan a alquilar un cuarto. El empleado - apodado el Perro - les cuenta que en ese mismo cuarto ha sido asesinada una mujer, y que tendrán que compartir la "cama caliente" con otro minero. Ese otro minero es "el Sangre"... En los dos primeros actos se podía pensar que la idea dominante era la búsqueda del asesino. Este tercer acto orienta en una dirección muy distinta.

No existe pues en la obra de Jorge Díaz la lógica del tiempo ni la de las ideas racionalmente hilvanadas. Pero, ¿existe alguna otra?

Bergson ha dicho que la lógica defiende al hombre de la vida. Pues la vida es en su fondo un "nudo" incomprensible -¿nudo ciego?.- Cada hombre lo lleva adentro, - con tal que se haya atrevido alguna vez a mirar desde sí mismo, para ver cómo se entrelaza en enigmático ovillo. Una leyenda nos habla del nudo que en el carro de Gordios, labrador frigio, ataba el yugo a la pértiga: el imperio de Asia había sido prometido por un oráculo a quien llegara a desatarlo: pues parecía imposible descubrir la trabazón y los extremos de la cuerda. Alejandro, impaciente, lo había cortado de un golpe de espada... Nos vemos retratados en este gesto de impaciencia. Preferimos negar el nudo antes que soportar - y ni aún mirar - su enigma. La lógica es cortante como una espada, y los cuadros mentales nos ofrecen soluciones claras, inmediatas: refugios ante la angustia de la existencia.

Jorge Díaz ha preferido dejar existiendo el nudo. Prefirió esperar que alguien llegara a descubrir la pista y los embrollos de la extraña maroma de la vida. Y entretanto, lo observa - con angustia, pero sin apuro. Lo observa largamente - como dicen que observan los indios en el Colorado las vetas de sus canteras, hasta descubrir dónde, exactamente, han de comenzar a roer con sus dagas para que bloques enteros de rocas se desprendan fácilmente. ¿No hay acaso un imperio prometido a esta espera y a esta esperanza?

En cada existencia humana hay varias existencias interiores que se anudan. ¿Es acaso necesario mutilar algunas - en buena lógica - para que una sola existencia clara logre sobrevivir? La lógica defiende de la complicación de la vida y quiere salvar un sistema diáfano en que todo tenga lugar y nombre. Pero, ¿llega así a salvar todo lo que en el hombre pugna por vivir, por emerger, por exultar? No lo piensa así Jorge Díaz. Prefiere contarnos una historia que muchos de nosotros quisiéramos contar, si tuviéramos la audacia de la esperanza.

El Diamante y el Sangre son dos personajes de la obra. Pero, en verdad, ¿son dos o es uno solo? El autor ha querido que un sólo actor desempeñe el papel de ambos. ¿Dónde comienza a vivir el Diamante y dónde termina la vida del Sangre? El tiempo, marcado por la luz de la alborada y por la sirena de la mina parece decirlo claramente en los dos primeros actos. Pero no así el tiempo interior que sugiere el tercero. Hay allí una experiencia humana a la que Díaz nos hace atender. Extranamente divididos por nosotros mismos, nos encontramos de pronto extrañamente, radicalmente unidos con un otrosde mí mismo: un otro que es un yo muerto - "sin cara y con las manos blancas", dice el Sangre soñando en la muerte del Diamante. Es un yo al que no conozco.

Si ni yo mismo me conozco a mí mismo, ¿quién me conocerá? La gran pregunta de la obra es también la gran pregunta de todo diálogo y de toda existencia humana: "¿Cómo te llamas?"

Hay en nosotros un "Sangre": acusado, vulnerable, amante, ansioso de continuidad, de vida, de una vida que emerja hacia arriba desde el pozo de la mina... Pero hay también un "Diamante": duro, definido, para quien la vida es clara - la de aquí y nada más, la del día a día en que todo tiene contornos, sin más honduras ni alturas que las de estos límites,

"¿Cómo te llamas?", ¿quién eres entre estos dos? - La pregunta la hace el Juez. La podrá hacer una, tres, quince, cien veces: sabe sin embargo que no habrá respuesta verdadera, porque no es él quien puede llegar al fondo. Es ciego. Así aparece en la escena, y su ceguera es un símbolo. Frente a la mujer muerta - muerta por la lucha competitiva de los hombres - no es el hombre, el Juez, el acusador (figura onírica del padre) quien tendrá la respuesta: porque él también ha entrado en la misma lucha a muerte, él es también el asesino; el nombre que busca es el propio, sin saberlo... Pues la mujer muerta es la misma que él conoció cuando ella tenía once años: "Carboncillo... ¿dónde estás? - y un grito brotó entonces aterrado ante el ojo blanco de la boca de la mina.

¿Frente a quién descubrirá el hombre su nombre? Frente a la única que no pone preguntas acusadoras. Extrañamente dividido consigo mismo, el hombre encuentra la unidad de sí mismo en la mujer. La mujer es lo unitivo. Un espejo, una guitarra, una lancha, el mar y el agua clara: tal es la definición de la mujer. Lo pacificante, lo que dice la verdad del hombre. Es la única que no cambia ni se divide. Antes ha cantado con guitarra. Ahora su guitarra no tiene cuerdas. Pero canta en su interior. Con ella la vida que muere puede volver a comenzar. Ella es la madre y la esposa. Todo el diálogo humano se anuda en su cuerpo y en la irradiación de su ser.

Así he visto al "Nudo Ciego": como una intuición primitiva - y por tanto primordial - narrada por hombres primitivos - mineros - que no poseen la lógica de los discursos ni de la historia, pero que dejan emerger, aflorar - en el lenguaje del sueño, de la poesía y del mito - las raíces mismas de la existencia.

¿Es éste el lenguaje del teatro? ¿Puede el teatro ensayarlo y en qué medida? Otros contestarán estas preguntas con más competencia. Pero el hombre que lo escucha se estremece de esperanza, pues ha sentido evocarse un fondo humano del que parece brotar todo lenguaje. Tal vez hay allí como un atisbo de Dios.

Manuel Ossa B., s.j.